



El 24 de febrero el Alto Mando del Ejército alemán comunica:

Como se ha dado ya a conocer, algunos submarinos atacaron un convoy fuertemente protegido y hundieron en numerosas y tenaces acciones 125.000 toneladas enemigas, entre ellas un crucero auxiliar. El convoy fué deshecho. Otros sumergibles operaron al mismo tiempo y también con éxito en el Atlántico y echaron a pique gran número de barcos mercantes enemigos, entre ellos un gran petrolero, con un total de 83.000 toneladas. Algunas de estas unidades formaban parte de convoyes. Las fuerzas navales hundieron 25.000 toneladas mercantes enemigas. Un buque de guerra, que opera en Ultramar, elevó su actual cifra de hundimientos de 131.000 a 151.000 toneladas. Con ello sólo la marina de guerra ha disminuído durante los últimos días en más de un cuarto de millón el tonelaje mercante adversario.

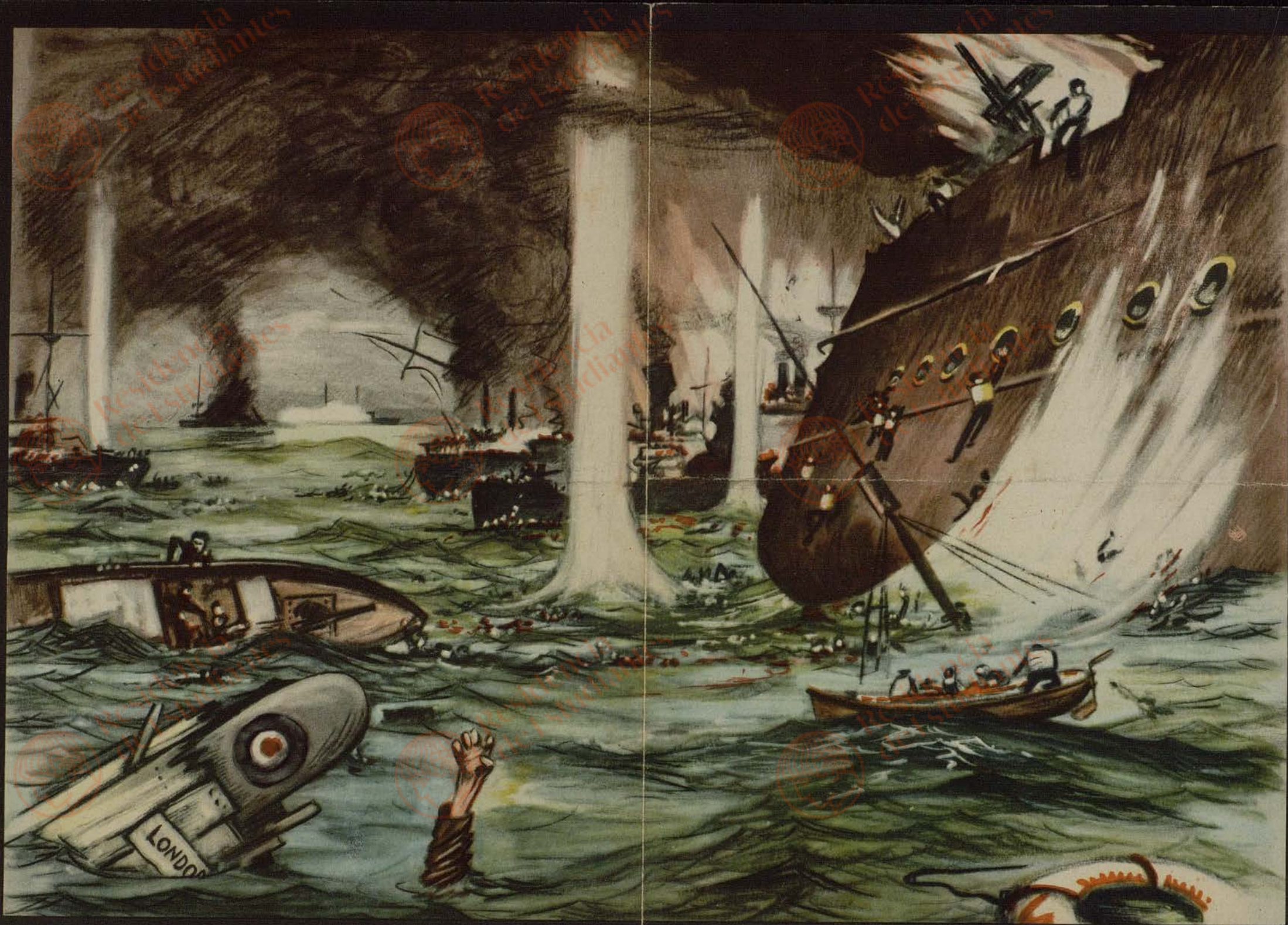
La mayor participación en estos éxitos corresponde a los submarinos alemanes, que sostuvieron un duro combate con los buques de guerra que protegían los convoyes, e incluso con las unidades mercantes armadas que formaban parte de éstos. Durante estas acciones se perdió, además, por un torpedo alemán, un crucero auxiliar británico. Y otros ataques contra convoyes y unidades mercantes arma-

das, que navegaban solas, en cuyo desarrollo, además de otros muchos buques, fué hundido un gran petrolero, aumentaron a un total de 208.300 toneladas la cifra del tonelaje enemigo hundido en los últimos días sólo por el arma submarina germana.

Otras unidades navales alemanas, entre ellas un destructor mercante, echaron a pique asimismo otras 45.000 toneladas.

De la pésima repercusión que ha tenido este éxito en Inglaterra se desprende el enorme miedo que se siente en aquel país ante los próximos acontecimientos. La constante destrucción de tonelaje británico en todos los mares hace desvanecer hasta la última esperanza británica de una eficacia en la ayuda norteamericana. Hace algún tiempo algunos centros dirigentes ingleses se vanagloriaban de que los astilleros británicos pudieran construir todavía en el año transcurrido un total de un millón de nuevas toneladas. Si se conoce, no obstante, la destructora eficacia de los ataques aéreos alemanes no puede caber duda alguna de que esta cifra es exagerada. Pero supongamos tranquilamente que sea cierta. En este caso en solo dos días las fuerzas navales alemanas han hundido una cuarta parte de la producción total de la Gran Bretaña. Las unidades perdidas llevaban cargamentos por valor de miles de millones en material de guerra, primeras materias y productos alimenticios que Inglaterra necesita imperiosamente.

Cuando el Führer y Jefe Supremo del Ejército alemán en su discurso pronunciado en Munich el 24 de febrero dió a conocer estos soberbios resultados obtenidos en la lucha por nuestros submarinos y fuerzas navales de altamar y añadió que dentro de poco los plutócratas ingleses debían de estar preparados para otras cifras, entonces presintió el mundo que se acerca la hora de la decisión. La nación entera está preparada. Cuando se de la orden „En marcha!“, Alemania se pondrá en movimiento. Jamás se presentó tan palpable la visión de la Europa unida, surgida de la poderosa corriente de las jóvenes fuerzas de la renovación y que se abre paso hoy día por las armas.



El Alto Mando del Ejército alemán comunica:

"Prosiguiendo los aniquiladores golpes infligidos en los últimos días al oeste de Portugal al sistema británico de convoyes por los submarinos y los aviones de bombardeo a larga distancia, han atacado los buques de guerra alemanes que operan en las aguas del Atlántico, a un gran convoy enemigo, logrando hundir trece buques mercantes armados, entre los que se encuentran varios grandes transatlánticos, cargados hasta las bordas con material de guerra para Inglaterra. A resultas del ataque se dispersó el convoy."

El brillante éxito obtenido por la Marina de Guerra alemana en el Atlántico es, dentro del término de tres meses, el segundo caso en que buques de guerra alemanes atacan y destruyen en aguas de ultramar a barcos que navegan en grandes convoyes enemigos, bajo la protección de potentes unidades de

la Escuadra. El 8 de noviembre de 1940 hizo público por primera vez el Parte del Alto Mando del Ejército alemán, que buques de guerra alemanes habían destruido por completo en aguas del Atlántico un convoy británico, hundiendo 86.000 toneladas de registro bruto. — Mientras el mundo se halla por completo bajo la abrumadora impresión causada por este golpe aniquilador que los buques alemanes han infligido en el Atlántico al gran convoy británico, hundiendo a trece de los buques mercantes armados que navegaban en él, se envuelve Londres en un silencio aterrador. Hasta ahora el Almirantazgo británico no ha tenido todavía el valor de dirigir a la opinión pública inglesa ni siquiera una sola palabra sobre el éxito de los buques de guerra alemanes. Se ha dado únicamente a conocer a la misma, que un convoy británico había sido atacado. Sobre todo otro particular, el Almirantazgo mantiene el más estricto silencio y da como justificación el que se desconocen todavía los detalles sobre las pérdidas que haya tenido el convoy. Se puede tener la absoluta seguridad de que en el curso ulterior de la guerra naval no serán estos dos acontecimientos catastróficos para el enemigo los únicos en su clase.



Ataque de los estucas en el desierto

En el parte correspondiente al 17 de febrero, el Alto Mando del Ejército Alemán comunica:

Durante la noche pasada formaciones alemanas de aviones de combate atacaron con éxito concentraciones de tropas en los alrededores de Bengasi. En la Cirenaica la aviación alemana destruyó camiones y carros de combate enemigos, incendiando depósitos de combustibles y tiendas de campaña.

Un periodista alemán, que a bordo de un avión pesado de combate presencié este ataque, da el informe siguiente:

A tan altas horas de la madrugada los ingleses no esperarían aviones alemanes encima de su campamento en el desierto de Bengasi. En loca confusión salen apresuradamente de sus tiendas, abandonan sus coches y se ponen fuera del radio del campamento que atacan los estucas alemanes. El fuego de las ametralladoras busca a los aviones de bombardeo que se arrojan desde espesas capas de nubes. Haces de trazos luminosos flamean como chispas en el crepúsculo matutino.

Hace ya algunas horas que los pesados aviones de combate se hallan en camino. Era todavía de noche, cuando, cargados de bombas, rodaban por el campo de despliegue de su aeródromo de origen. Con seguro rumbo siguieron el curso hacia el Sudeste. La orden decía: atacar con bombas las fuertes concentraciones de los ingleses.

Cuando las máquinas, llegando desde el mar, aparecen sobre el continente africano, se apagan misteriosa y rápidamente las luces bajo ellos. El territorio dominado por el enemigo quiere esconderse en la oscuridad.

Pero los estucas encuentran sus objetivos. Aquí en la Cirenaica, a muchas millas de distancia de Bengasi, han descubierto las tiendas y las columnas de tropas inglesas en la pálida arena del desierto, y se arrojan decididos al ataque. Espantoso despertar para el enemigo completamente sorprendido. Horrorizados abandonan los cocineros sus fumeantes cocinas de campaña. Hoy se quedarán sin el té de la mañana.

Los pesados obuses de los estucas rebotan contra el campamento. Con un ruido espantoso se oye la explosión y las detonaciones, y se levanta un vivo resplandor de llamas. En dos de las mayores tiendas en uno de los campamentos, se ha hecho ya blanco y sobre las otras dos asola el fuego de las metralladoras de los tiradores del avión de combate, que se lanza sobre ellas en vuelo profundo. De las nubes caen cada vez nuevas bombas. Nuevas explosiones atruenan el espacio en el silencio matutino del desierto. Cada blanco aumenta la confusión, y las máquinas alemanas atacan sin cesar. Las bombas realizan una labor a fondo. Abren anchas brechas en las columnas motorizadas de los ingleses. Acá y acullá estallan rabiosas algunas ametralladoras dirigidas contra las nubes, sin hacer blanco, sin embargo, en ninguno de los aviones de combate.

Como demonios llevados por el viento, pasan veloces las máquinas alemanas y se convierten en una eternidad los minutos del ataque que hacen un infierno del dormido campamento del desierto.

Por oriente sale el sol cuando los aviones, por encima del mar, vuelan de nuevo hacia su aeródromo de origen. "Orden cumplida", comunican a través del éter los radiotelegrafistas al puesto de mando. Y allá abajo, se deslizan sobre las claras crestas de las olas, las sombras de los estucas.